

Apariciones de Jesucristo resucitado

Después de la Semana Santa viene la semana de Pascua; después de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y de nuestra unión a las mismas por la compasión, viene su gloriosa resurrección, y nuestra unión a ella por el gozo de verlo de nuevo entre nosotros merced a sus variadas apariciones. De hecho, durante toda la semana pascual, la Iglesia nos irá recordado, día por día, las distintas apariciones de Nuestro Señor a sus decaídos y atemorizados discípulos.

Sin embargo, puesto que los cuatro Evangelistas nos dan narraciones divergentes de estas apariciones, hasta el punto de que pueden parecer contradictorias, no será superfluo que las recordemos en el orden en que tuvieron lugar, al paso que sacamos algunos frutos espirituales de las mismas.

1º Orden de las apariciones.

San Ignacio, con su sano realismo, afirma en sus Ejercicios Espirituales que la primera aparición de Jesús resucitado fue ciertamente *a su Madre*, aunque el Evangelio no lo diga, pues el Evangelio supone las cosas evidentes, y que nosotros tenemos un mínimo de inteligencia.

Para las demás apariciones, vemos que Nuestro Señor guarda un orden: • ante todo se aparece, a modo de preparación para la fe de los apóstoles, a las almas más amantes y generosas, esto es, a las *piadosas mujeres* que lo habían seguido en su vida pública, y habían permanecido fieles al pie de la cruz; • sólo después se aparece a los *discípulos y apóstoles*, para confirmación de nuestra fe.

En cambio, el Señor ya no se volverá a mostrar nunca más a las *almas duras y reacias*, como Anás y Caifás, ni a todos cuantos, a semejanza de estos dos perversos pontífices, habían rechazado culpablemente al Mesías Hijo de Dios.

1º Piadosas mujeres.

Van al sepulcro, muy de mañana, cuatro mujeres: *María Magdalena, Juana, María Salomé y María la de Santiago* (Mc. 16 1-2; Lc. 24 10), para ungir y embalsamar el cuerpo de Jesús. Se preguntaban quién podría apartarles la piedra que tapaba la entrada del sepulcro, pero al llegar al lugar, se encuentran tal vez con los guardas desvanecidos (si aún estaban ahí), y en todo caso con que la piedra del sepulcro está corrida (Mc. 16 3-4). *María Magdalena*, al ver corrida la piedra,

echa a correr precipitadamente al Cenáculo, a avisar a los apóstoles el robo del cuerpo del Señor (Jn. 20 2).

Mientras tanto, *las demás mujeres*, menos apresuradas, entran en el sepulcro, ven la visión de dos ángeles, que les anuncian la resurrección de Jesús de Nazaret, según El les había predicho, y atemorizadas, se retiran del sepulcro para llevar a los apóstoles el mensaje de los dos ángeles: que Jesús los precederá a Galilea, donde lo verán (Mt. 28 5-8; Mc. 16 5-8).

Entre tanto, María Magdalena ha llegado donde los apóstoles y ha dado la noticia del robo del cuerpo del Señor; lo cual hace que dos de los apóstoles, *Pedro y Juan*, decidan valientemente ir al lugar de los hechos para verificar la información (Jn. 20 3). Van, pues; y llegando Juan el primero, espera sin entrar a que llegue Pedro, que es el que primero entra en el sepulcro; y por lo que ven dentro, los lienzos que habían envuelto el cuerpo del Señor desplomados sobre sí, como si el cuerpo que los soportaba se hubiese desvanecido, ambos se retiran maravillados de lo sucedido (Jn. 20 4-10).

Mientras estos dos apóstoles iban al sepulcro, el Señor se había aparecido a las *piadosas mujeres*, dejándose ver y abrazar de ellas en los pies, y les encarga anunciar su resurrección a los apóstoles (Mt. 28 9-10). Cuando Pedro y Juan llegan al Cenáculo, se encuentran con las mujeres y su testimonio; pero aun así, los demás apóstoles no creen en lo que afirman las mujeres (Lc. 24 9-11), aunque son testigos de la admiración de Pedro y de Juan.

Por su parte *María Magdalena*, una vez que Pedro y Juan se han retirado, sigue obsesionada con dar con el cuerpo de su amado Maestro; tan ensimismada está con este pensamiento, que al entrar en el sepulcro, ni le da importancia a la presencia del ángel, que le pregunta por qué llora, ni advierte la identidad del hombre que le sale al encuentro, y que es Jesús en persona (Jn. 20 11-14). Después de reconocer al Señor, también ella cumple el encargo que le da Jesús de avisar a los apóstoles (Jn. 20 15-17); mas los apóstoles no le dan más crédito que a las demás mujeres (Mc. 16 10-11).

2º Discípulos y apóstoles.

Durante el día la ciudad de Jerusalén debió verse sumamente conmocionada con la aparición de varios muertos, seguramente gente célebre y justa, cuyos sepulcros se abrieron en el momento de morir el Salvador, y resucitaron después de El para dar testimonio de su mesianidad y divinidad.

Seguramente a causa de la conmoción de la ciudad y de la perplejidad en que los dejan los testimonios de las mujeres, *dos discípulos* de Jesús deciden despejar su mente en su finca de Emaús. El Señor se les une por el camino, pero aun así no le reconocen, sino sólo después que el mismo Señor les ha echado en cara su lentitud y pesadez de corazón en creer lo que estaba en las Escrituras. También ellos, después de reconocer a Jesús en la fracción del pan, se dirigen presurosos al Cenáculo (Lc. 24 13-33); pero ni a ellos les dieron crédito los apóstoles (Mc. 16 13). Lo único que pareció influir sobre ellos fue un hecho decisivo: el Señor se había

aparecido a **Pedro** (Lc. 24 34), y de él, que tenía los pies sobre la tierra, no podían desconfiar.

Finalmente, preparado paulatinamente el ambiente por esa admiración e incredulidad, debidas en parte a lo inesperado de la noticia, y en parte a la alegría que les producía el pensamiento de saber al Maestro con vida, el Señor se aparece personalmente a **los demás apóstoles**: el mismo domingo de Pascua, a los diez que estaban reunidos en ese momento (Lc. 24 36-43; Jn. 20 19-23); y al domingo siguiente, al mismo Tomás, ausente en la primera ocasión, y reacio en creer a sus propios compañeros (Jn. 20 24-29).

2º Incredulidad de los apóstoles y bondad de Jesús.

Muchas son las reflexiones que sobre estas apariciones podrían hacerse, pero hay dos que pueden sernos particularmente provechosas, y que se deducen del contraste entre la incredulidad de los discípulos y la bondad del Maestro.

1º Los racionalistas arguyen que estas apariciones son invenciones de los discípulos del Señor, dado que, como dijimos, nadie fuera de ellos volvió a ver a Cristo, y aduciendo las «contradicciones» entre los cuatro Evangelistas. Finjiendo entonces prestar buenas intenciones a los inventores de dichas ficciones, explican las apariciones como fruto de la exaltación mental de los apóstoles, piadosas mujeres y demás discípulos de Cristo, y afirman por lo mismo que carecen de toda realidad objetiva e histórica.

Ahora bien, nada es más contrario a la verdad de los hechos, ya que los Evangelios resaltan hasta la saciedad lo poco dispuestos que estaban los discípulos del Señor para una fabulación de este tipo.

- *María Magdalena busca un cadáver, y está obsesionada en encontrar un cadáver, y sólo eso, sin ocurrírsele siquiera que su Maestro pudiese estar vivo.*
- *Las santas mujeres se retiran de la visión de los ángeles atemorizadas.*
- *Los discípulos de Emaús cuentan al por menor, al viajero que se les junta, la frustración que llevan en el alma después de la muerte de Jesús de Nazaret.*
- *Los apóstoles se niegan tenazmente a creer tanto a las mujeres como a los mismos discípulos de Emaús; tan sólo el argumento de que Pedro lo ha visto parece tener cierta entrada en sus almas.*

Pues bien, de eso mismo podemos sacar un fruto espiritual, porque esta actitud no sólo retrata a los apóstoles y su imperfección humana, sino que también nos retrata a nosotros y nuestra poca elevación sobrenatural. No les tiremos la piedra, ya que hacemos igual que ellos. En efecto:

- *Somos hijos de Dios por la gracia, recibida en el bautismo y en la confesión, pero mantenemos una actitud de desconfianza y de frialdad hacia Dios, como si para El fuéramos extranjeros o forasteros.*
- *Sabemos el valor que tiene la oración para alcanzarlo todo del Señor, pero si no vemos resultados tangibles, no acabamos de confiar del todo en ella.*

• *Nuestra confianza en la providencia tambalea cada vez que Dios nos envía alguna tribulación o prueba; sabemos que somos los hijos de la cruz, pero la cruz siempre nos desconcierta y nos rebela.*

• *En definitiva, siempre estamos reclamando del Señor, como los hebreos al salir de Egipto, nuevos portentos y milagros, nuevas pruebas de su asistencia y solicitud.*

Eso es lo que el Señor encuentra en nuestra vida cristiana de cada día; de modo que los apóstoles, en su incredulidad o vacilación, no hacen más que retratar lo que sucede diariamente en nuestras almas.

2º Frente a esta actitud tan humana, lerda y pesada, de los apóstoles, resalta la bondad del divino Maestro. ¡Cómo parece olvidar las faltas de los que son suyos, de los que sabe que le aman! ¡Y cómo sólo intenta, a fuer de buen Pastor, recuperar con toda solicitud las ovejitas que en su Pasión se habían dispersado! Se amolda a su imperfección, se acomoda a sus disposiciones, para sacarlos de ellas y llevarlos a la fe, a la confianza, a la caridad.

También eso queda reflejado en nuestra vida espiritual: el Señor, a pesar de nuestras resistencias e infidelidades:

• *Parece no acertar sino a darnos nueva abundancia de gracias, de invitaciones a seguirle, de inspiraciones; nos perdona continuamente, nos vuelve a brindar incesantemente lo que ya nos ha ofrecido tantas veces y nosotros le hemos rechazado; como que sólo ve y mira el bien de nuestras almas.*

• *Por supuesto que a menudo nos echa en cara nuestra poca fe, nuestra lentitud en creer y confiar en El, y reclama de nosotros, igual que de Tomás y de Pedro, un arrepentimiento sincero y una reparación justa; pero todo ello es sólo en orden a comunicarnos su vida divina, su propia felicidad, su propia gloria.*

Conclusión.

De lo dicho no debe inferirse que debamos despreocuparnos de nuestras miserias, no intentando corregirlas. Fijémonos de nuevo en el Evangelio. El Señor es condescendiente con los suyos, con sus miserias *comprensibles* –por así decir–, pero luego, una vez que les ha dado las pruebas necesarias, les exige no sólo la fe, sino el dar la vida por esa fe. Después de confirmar en la fe a los apóstoles, fundamento de la Iglesia, quiere llegar a otras almas por la predicación ya convencida y enardecida de estos mismos apóstoles, y por el ejemplo de su vida totalmente inspirada por la caridad.

Así pasa igualmente con nosotros. Es como una cadena ininterrumpida: una vez que el Señor nos ha dado la gracia de guardar la fe, de tener la Misa, de contar con los medios sobrenaturales de santificación, nos exige vivir según esa vida cristiana, y comunicar a otras almas, por nuestra predicación y buen ejemplo, estos mismos bienes, en orden a su salvación eterna.